

juramentos. — ¡Guerra, guerra al imperio y victoria por la República!

Hidalgo y Guerrero, el padre de la independencia y el padre del Sur se regocijarán desde el cielo de tener tales hijos.

(Frenéticos aplausos, entusiasmo, el orador al bajar de la tribuna, es victoreado, rodeado y felicitado por todos. El C. Presidente de la Junta Patriótica le presenta un bellissimo ramo de flores artificiales conteniendo una moneda de oro, y atado con una cinta tricolor en que hay impresas estas palabras: « El Club Alvarez, al distinguido orador I. M. Altamirano. — Guerrero, 16 de Setiembre de 1866. »

(NOTA DE LOS R. R. DE LA *Voz del Pueblo*.)

## VII

### CIUDADANOS :

El viajero que marcha al través de un áspero camino, venciendo con heroica firmeza los obstáculos que se le oponen, vuelve sus miradas á cada momento y como por instinto hácia la parte recorrida, y experimenta una sensacion, en que si hay pena al divisar húmedos aún con su sangre y sus lágrimas los abrojos que han destrozado su pié, supera el orgulloso placer de haber avanzado mas y mas hácia el término de su trabajosa peregrinacion.

Las naciones, como los viajeros, al fin de cada período de su vida política, al fin de cada siglo ó de cada decenio, á veces en un cierto

Pronunciado en la Alameda de México, el 17 de Setiembre de 1867, por encargo de la Junta Patriótica.

dia de año, porque los años son como las horas de la vida de los pueblos, vuelven tambien su vista al pasado, y contemplan, y racionan, y miden la distancia con mirada angustiada, llorando de pena, como lloró la Grecia, esclava por tanto tiempo al ver los pendones del Islam tremolando aún sobre el templo soberano de Teseo; como lloró tanto tiempo la Italia al sentir sobre su cuello el sable bárbaro de los hijos de Atila y de Alarico; como llora la Polonia al ver su águila blanca en las garras de los sultanes rusos; como llora Cuba al ver ella sola en sus esbeltas palmas tremolar la bandera de Castilla, arriada en todos los pueblos del Nuevo Continente; como lloró mi patria tambien, durante tres siglos, al sentir en el corazon la espada de Cortés, que la mantenía inmóvil.

Entonces, estas naciones aherrojadas que no pueden dar un paso hácia el porvenir, atadas como están al poste de la esclavitud, gimen, y sus dolores no tienen mas lenitivo que la esperanza.

Pero cuando á la poderosa voz del progreso, conducido en alas de los tiempos, rompen sus ligaduras de hierro y se levantan y marchan

libres hácia su destino; cuando llegan á sus primeras jornadas y volviendo los ojos hácia el camino que dejaron atrás, lo ven marcado con las preciosas gotas de su sangre; recordando su servidumbre y su inaccion forzada, no sienten sus heridas, no es llanto de dolor el que vierten, sino llanto de alegría, de aliento, de entusiasmo, de fe en el porvenir, porque se ven sangrando, pero libres; porque marchan en un camino tremendo, pero adelante; porque tiemblan sus músculos, pero no al peso de las cadenas, sino con el temblor nervioso de la actividad y de la voluntad impaciente.

Así llora hoy el pueblo griego marchando ya libre y apesar de las nuevas dinastías, á la República; así llora hoy la Italia á pesar de las transacciones con los monarcas, adonde señala el dedo de Mazzini: ¡Ojalá que Polonia y Cuba llorasen así!

Ciudadanos: México debe llorar tambien de este modo. Al detenerse de una vez mas en medio de su camino, y al ver en él las señales de sus dolorosos sacrificios, no debe verter lágrimas por ellos, sino llenarse de orgullo porque ha tenido el valor de hacerlos sin desfallecer.

Las gotas de sangre de un pueblo que marcha, son sus mártires. Ellos señalan la senda que ha seguido, ellos revelan el valor de su alma, ellos indican la grandeza de su fe.

Hoy, México, esta nación que no necesita como las otras, diez siglos para hacer su jornada; que atraviesa el espacio del progreso á pasos gigantescos, como los antiguos genios, se detiene una vez mas, y mira la distancia que ha recorrido en cincuenta y siete años.

Hace cuatro, se enorgullecía mirando la sangre de su primer época de independencia, la sangre de sus grandiosas guerras civiles, en las que los espíritus vulgares han visto el desórden; en las que los espíritus ilustrados ven la civilización; contemplaba la sangre de la reforma, jornada que la alejó cien años del oscurantismo y de la barbárie colonial.

Pero hoy, en 1867, México ve además la sangre de la República asegurada, fuerte, invencible. Hoy, esas inmensas gotas de sangre que se llaman Arteaga, Salazar, Chavez, Romero; esos cardos enrojecidos que alfombran las praderas del Norte de la República, y los bosques de Occidente, y las carréteras del

centro, y los profundos valles del Sur, y las montañas de Oriente, y en que han quedado tendidos los mil mártires oscuros de la libertad mexicana, revelan que es fuerte, porque á pesar de tal sacrificio, no perdió su vigor; dicen que es heroica, porque ha luchado sin espantarse con enemigos poderosos; prueban que es invencible, porque ha llegado por fin á la victoria.

¿Cómo llorar entonces en presencia de tan sublime espectáculo? ¿Cómo depositar entonces en la tumba de nuestros mártires esas coronas de triste ciprés, como en la tumba de los muertos vulgares?

No: el sepulcro de los que han muerto por la patria, es altar de semidioses, y no urna de mortales; y si la Iglesia cristiana viste de fiesta á sus pontífices para celebrar el oficio de sus mártires, el pueblo debe vestir de gala á sus ciudadanos para celebrar la memoria de aquellos animosos confesores de la libertad, que supieron morir antes que renegar de su fe republicana; debe traer coronas de siempre viva y de flores para adornar sus altares; debe verter, pero no las lágrimas del duelo y de la desesperación, sino las del orgullo satisfecho,

las del entusiasmo, las del fanatismo por la patria.

Hé aquí también, ante la muerte como ante la vida, la diferencia del pueblo libre al pueblo esclavo; hé aquí la distancia del ciudadano al monarca.

Los reyes de la vieja Europa, nietos de aquellos bárbaros del Norte, que bajaban de sus corceles para celebrar una orgía sobre el césped que marcaba la tumba de sus antecesores, y que espantaban con sus libaciones de sangre á los pueblos del Mediodía; los Césares, que pretenden descender de aquellos emperadores de Roma, que declaraban dioses á sus hermanos muertos y prohibían llorarlos; toda esa turba de tiara, de cetro y de hacha de armas, hoy se agrupa en torno de un féretro, enjugando los ojos con la punta de la clámide, y gime y alza el grito al cielo, como las plañideras antiguas, sin tener ni siquiera el valor de vengar á un monarca como ellos, ajusticiado por un pueblo libre, y sin tener siquiera la audacia de elevarle un templo y de honrarlo con el apoteosis católico.

No: esos tiranos se contentan con llorar y con ultrajar á los vencedores, ya que no pu-

dieron esclavizarlos; se contentan con venir como el rey de Ilion á la tienda salvaje del pueblo mexicano, á pedir el cadáver del vencido.

Y nosotros... nosotros los republicanos, los hombres libres, los *pieles rojas*, hoy, en este dia consagrado á la memoria de las víctimas del despotismo, hoy que venimos á contar de nuevo sus sepulcros, hoy que venimos á recoger del pié de los patibulos y de en medio de los campos, los *albertia ossa* de nuestros mártires oscuros; hoy que tenemos allí á la vista la fúnebre plazuela de Mixcalco, en donde la crueldad francesa quiso improvisar una Grêve para los valientes de México, hoy dejamos á un lado el coronado ataúd del ajusticiado de Querétaro, lleno de perfumes y empapado con las lágrimas de todas las dinastías de Europa, y vamos á buscar en esa plazuela fatal, el lugar consagrado por la sangre de Nicolás Romero y de tantos héroes, para regar allí no un cobarde llanto, sino los mirtos y los azahares de nuestros jardines, y para perfumarlo, no con bálsamos comprados á fuerza de oro, sino con el aroma de nuestra bendición republicana.

Esta es la diferencia que existe, lo repito, ante el sepulcro como ante el combate, ante la desgracia como ante la fortuna, ante el dolor como ante el placer, entre el republicano y el monarca, entre la virtud y el crimen, entre el derecho y la fuerza, entre el pasado y el porvenir.

Nosotros no lloramos delante de nuestros guerreros muertos, porque sabemos muy bien que los que defienden la libertad de los pueblos, llegan ante el Eterno sin necesidad de pedir perdón. Los déspotas lloran porque ellos saben también que quien oprime á sus semejantes, calumniando á la Divinidad con la superchería del derecho divino, que quien la irrita con sus crímenes en la tierra, y llega á su presencia tinto con la sangre de mil víctimas sacrificadas á su dominación, es detenido en los dinteles tenebrosos de la segunda vida por la voz santa que pide estrecha cuenta de la conducta de los tiranos.

Nosotros repetimos á cada uno de nuestros mártires las palabras de Víctor Hugo, en la tumba de Luisa Julien: *Te felicitamos por haber muerto*; porque para nosotros la muerte por la libertad es la gloria.

Los déspotas no pueden mas que lamentar á sus muertos, porque para ellos la gloria consiste solo en conservar la dominación sin peligro.

Para nosotros, cada héroe que sucumbe, semejante á la palmera de nuestros bosques, que cuando cae da vida á nuevos vástagos, deposita en su sepulcro el germen de nuevos y numerosos campeones que continúan su obra.

Para los déspotas cada tirano que se hunde es una pérdida sin reemplazo, y todavía mas, es generalmente la señal de la caída de una dinastía. El cadalso de Carlos I acabó con el prestigio de los Estuardos; el cadalso de Luis XVI acabó con el fanatismo de los Borbones; el cadalso de Querétaro acabará con la vieja y decadente tiranía de los Hapsburgos.

¿Cómo no felicitar á los mártires de la libertad cuando ellos tienen la dicha de dar su vida por el bien del género humano? ¿Se quiere por ventura mas suerte? ¿Qué beneficio, qué idea grandiosa, qué semilla propaga la muerte de un déspota? Los labios cariñosos del pueblo besan el pié del patíbulo de un re-

publicano y recogen su memoria en el corazon, como en una copa sagrada. ¿Quién, á no ser un esclavo vil ó un parásito miserable, llora al pié del cadalso de un rey? El que ha azotado al pueblo, no puede esperar nunca su ternura.

Pero el que muere por dar libertad á toda una nacion, el que se sacrifica por el triunfo de una idea, el apóstol entusiasta que santifica con su sangre la religion de la libertad, ese está seguro de encontrar la gratitud de sus hermanos en su época, y en la posteridad á los Tácitos, ceñudos y coléricos contra los opresores; pero sonrientes y llenos de respeto por los que mueren por una grande idea.

Pueblo:

Antes de anoche y ayer, elocuentes oradores, recordando la sublime historia de 1810, te decian que eras grande por el genio de tus héroes. Hoy, delante de las tumbas benditas de los que han muerto por hacerte libre, yo te digo que tambien eres grande por el sacrificio de tus mártires. Muchos tienes. La espada de tus antiguos opresores, el puñal de ese partido infame que se ha opuesto siempre á tu marcha y que acabó por traicionarte, y las

balas francesas, han lanzado al sepulcro á millares de tus hijos, los mas grandes, los mas valientes, los mas queridos; á Hidalgo, á Morelos, á Guerrero, á Ocampo, á Degollado, á Valle, á Larios, á Herrera y Cairo, y luego á Chavez, á Ghilardi, que es tambien tuyo por el corazon y por el sacrificio; despues á Arteaga, el gran caudillo del Centro; á Salazar, el bravo soldado de las columnas republicanas; á Villagomez, el jóven de noble ardimiento y de hermosas esperanzas, sacrificados por la ley del 3 de Octubre; á Nicolás Romero, el guerrillero terrible á quien mató el miedo de los leones de Magenta y Solferino, que se aterraban á su solo grito de guerra lanzado entre los pinos de las montañas de Michoacán y de México. Y luego á los valientes soldados de Occidente que, heridos, fueron arrojados á los abismos de la sierra de Durango por orden de Castagny y cuyo asesinato acusa la humanidad guerrera de los franceses; pero que fueron bien vengados por su jóven caudillo, por ese Corona tremendo que logró poner en la frente de los soldados de Crimea el estigma de la humillacion. Y luego á los valientes del Norte sacrificados en las irrupcio-

nes francesas, tan salvajes como las de los hijos del desierto que bailan la horrible danza de las cabelleras; pero cuyo sacrificio exasperó á los héroes del Norte, y no impidió á Escobedo dar priesa á la reconcentraci6n forzada de Bazaine, y triunfar. Y luego á los mil compañeros de Régules y de Riva-Palacio, porque ese Estado de Michoacan quedó humeando de sangre republicana vertida por De Potier y por Mendez; pero que no hizo desfallecer á aquellos dos campeones de la República. Y luego á los valientes que sucumbieron invocándote, en las montañas del Sur y de Oriente, en Miahuatlan y en Oaxaca, en Puebla y en México; pero cuyos hermanos, con su jóven y eminente caudillo Porfirio Diaz, vieron abrirse ante sus armas victoriosas las puertas del palacio imperial, usurpado á la naci6n.

¿Y los millares de soldados sacrificados frente á Querétaro por la obstinaci6n del llorado mártir austriaco?

¿Y los que han sucumbido por la crueldad y los pesares, como Florencio del Castillo, ese escritor sentido, esa esperanza segada en flor, ese ornamento de la literatura mexicana, ese hermano mio á cuya memoria se oprime mi

corazon, y que murió en el castillo de Ulúa aherrojado por los que hoy lloran, y á quien pudieron arrancar el último aliento, pero no una protesta vil?

¿Y los centenares de personas que han perecido de dolor y de miseria por el sacrificio de sus deudos?

¡Ah! el Imperio francés que hoy nos acusa de canibales ante el mundo por la muerte de Maximiliano, hizo de mi infeliz patria una inmensa hecatombe, vino aquí á repetir los célebres procedimientos de los *bureaux arabes* ensayados con los tristes hijos de Africa en Argelia; vino á repetir las *dragonadas*, glorioso blason de la cultura de Luis XIV; vino á recorrer el país con la tea en una mano y el sable en la otra, estableciendo el martirio por sistema, para sancionar el robo por recurso. ¡Gobierno de civilizaci6n, y de valor y de nobleza, que hoy se indigna por nuestra crueldad con el usurpador, y no fija los ojos en los campos sangrientos de la República, y no se avergüenza de haber dejado en Occidente una zona entera de pueblos hechos cenizas!

El usurpador consentia esto y lo autorizaba,

puesto que no lo impedía, y sus belgas tambien incendiaban á Zitácuaro, y sus austriacos tambien mataban y robaban y talaban por donde quiera. El pueblo de esta capital no tiene idea de esto, pero yo apelo al testimonio de los Estados que mantuvieron la guerra. Aquí la armonía de los saraos y el ruido de las fiestas militares apagaba, en hora buena, los varoniles acentos de las víctimas de Mixcalco; pero mientras que la ciudad de los palacios se adormecía al contacto imperial, los pueblos de los Estados guerreros tenian el espectáculo de las llamas y la música del cañon y de los fusilamientos en masa. ; *Canibales!*... Si lo fuéramos, nuestros mártires no nos bendecirian, como nos bendicen desde el fondo de su tumba por nuestra generosidad que honra á nuestra patria, que habla muy alto en favor de nuestra cultura, y que es la flor mas perfumada que pueda depositarse en las tumbas sagradas de las víctimas de la Independencia.

Sí, pueblo: tu camino está flanqueado por numerosos sepulcros, como la via Sacra de la antigua Roma; pero tu camino, como aquel, es un camino de triunfo, y cada tumba marca el paso glorioso que das hácia el porvenir.

Al fin has franqueado lo mas áspero y difícil; tu marcha, de hoy en mas, será segura, porque no te falta mas que la pendiente dulce que conduce al templo grandioso de tu felicidad. Tú lograrás llegar á él, conservando el vigor que hasta aquí, y respetando tus santas leyes y haciendo que las respeten tus mandatarios, y siendo el guardian celoso, tú y solo tú, de ese altar inviolable que encierra lossantos preceptos de tu código fundamental, cuyo nombre solo te ha salvado dos veces.

Para los demas pueblos del continente de América, tú eres un hermano querido; para los pueblos de la Europa monárquica, tú eres un atleta terrible. Todo lo tienes, pues, la conciencia de tu fuerza, el prestigio de una lucha gloriosa, la libertad restablecida, defensores que saben morir por ella, leyes que te guien; el porvenir que te sonrie, y el poderoso espíritu de tus grandes hombres, de tus mártires, que velan por tí desde el cielo.